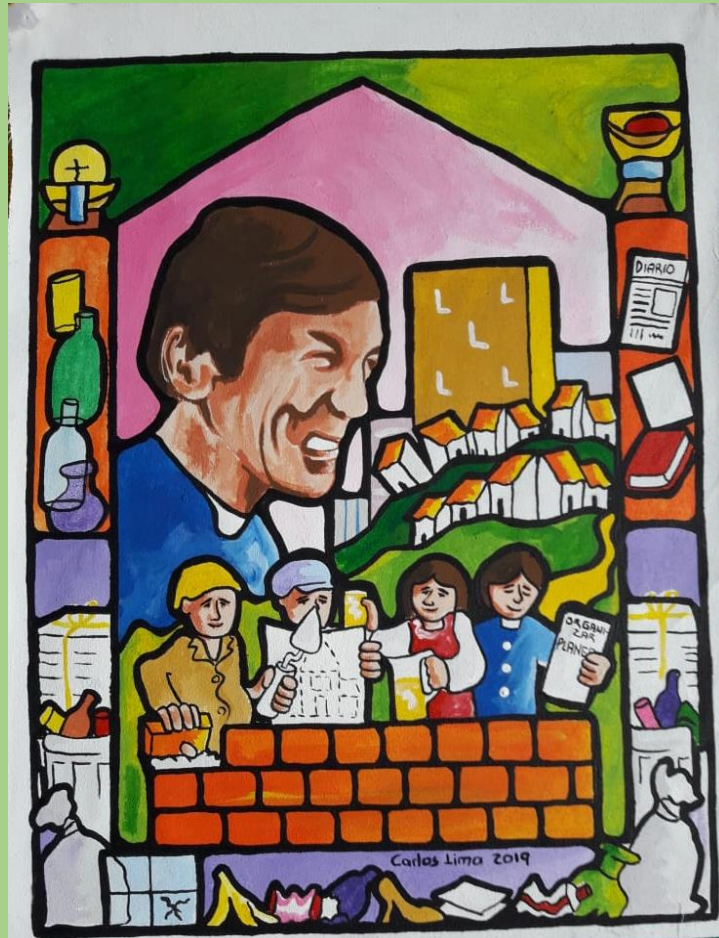


TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

José Vicente Mejía Espinoza

(Fredonia-Antioquia, 02/01/1932)



Vicente es hijo de Berenice Espinosa Muñoz y José Vicente Mejía Echeverri. Creció en su pueblo natal con cinco hermanos, dos hombres y tres mujeres. Como familia tradicional antioqueña vivió de cerca el trabajo de comerciante y empleado público de su padre y las labores de hogar de su madre, ambos educados por comunidades religiosas.

En medio de la violencia entre liberales y conservadores decidió ir al Seminario de Misioneros de Yarumal (Antioquia). Sin embargo, por razones familiares, en 1945 se traslada para el Seminario Menor de Medellín, ciudad que sería su residencia desde 1948. Con esta vocación sacerdotal cursó tres años de filosofía y cuatro años de teología hasta ordenarse como presbítero por el arzobispo de Medellín Tulio Botero Salazar.

La experiencia sacerdotal de Vicente comenzó en escenarios rurales antioqueños (Armenia Mantequilla y Yolombó), donde hacía recorridos por veredas y barrios para conocer mejor a la gente. Este contacto directo con la comunidad lo llevó a conocer de primera mano los desastres de la violencia entre liberales y conservadores en los campos, comenzándose a sentir un poco acorralado en el mundo parroquial indiferente ante estos acontecimientos.

Su intención en los espacios de iglesia era hablar de temas religiosos, pero también de la educación para los campesinos, la vida comunitaria, la importancia del cooperativismo y de las juntas de acción comunal. Esta experiencia le fue ayudando a tomar conciencia de la importancia y la responsabilidad que tenía un “cura” en cualquier comunidad.

Después de esta experiencia como sacerdote rural y de encarar las problemáticas del campesino de manera directa, en 1963 es nombrado primer vicario de la iglesia del barrio Villa del Socorro, ubicado al nororiente de Medellín. Allí habían sido desplazados violentamente un grupo de *Tugurianos/as* (sin techo) que estaban en el centro de la ciudad. La autoridad eclesial y los directores de una fundación buscaban un cura que sirviera como “rehabilitador” de los *Tugurianos/as* para que fueran ejemplo de la moral católica y de paso ayudara con la consecución de ayudas para construir un templo llamado San Martín de Porres, asunto que no iba con la intención de Vicente quien comenzó a abrirse camino por su propia cuenta y quiso entrar a la comunidad de otra forma, replicando la experiencia comunitaria del ámbito rural.

En ese camino, conoció el trabajo del clérigo Germán Guzmán Campos (investigador de la violencia en Colombia), esto marcó un antes y un después en la vida de Vicente, tanto que invitó a Guzmán a visitar el barrio y celebrar la semana santa de 1964. La celebración rompió con la tradición del rezo para dar paso a algo más concreto: el padre Guzmán habló de los derechos de las comunidades y de la importancia de la transformación de las condiciones de vida de los más pobres. Además, hizo referencia a Camilo Torres Restrepo por lo que, días después, Vicente fue a su encuentro en Bogotá en la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP) donde trabajaba Camilo.

El comprometido trabajo de Vicente en las comunidades *Tugurianas*, llevó a que la curia lo sacara de Villa del Socorro con la excusa de que tenía que estudiar y potenciar sus estudios como sacerdote. Dos opciones fueron las que tuvo Vicente para ello, París o Roma, el optó por la primera de ellas. Viajó a esa ciudad en septiembre de 1964 y allí ingresó como oyente en el Institut D’Estudes Sociales del Institut Catholique de Paris, un instituto famoso en la época por la formación de curas progresistas y donde recibió su licenciatura en ciencias sociales en el año 1967 con su trabajo de grado “*La participación de las masas en la reforma agraria en Colombia*”.

Vicente tuvo la oportunidad de participar en la charla del jesuita Alejandro del Corro (fundador en Chile del Servicio del Trabajo del Hogar de Cristo) sobre las cooperativas de recicladores, por lo que emprendió un trabajo directo con las comunidades de Villa del

Socorro que trabajaban en el “morro de la basura”. Allí, la ruta de Vicente terminó de trazarse. Su opción de vida se arraigó ese año de 1964 a través de esos encuentros con otras formas de vivir el evangelio y de la necesidad de transformación de las condiciones de vida de los más desposeídos. Comenzó entonces a hablar a los *Tugurianos/as* de un dios de la basura, de un Cristo pan y verbo encarnado en los presentes que reclamaba liberación.

En el marco de esta nueva predicación, Vicente se vinculó con los *Tugurianos/as* de los barrios nacientes de Medellín en la zona centro oriental y nororiental, especialmente en los *Tugurios* Fidel Castro, Camilo Torres y Lenin. En su jeep recorría los barrios ayudando con lo que pudiera a los más necesitados, incluso, defendiéndolos de los constantes intentos de desalojos a los que se veían sometidos. Su palabra era clara “*si los van a sacar, me llaman, que acá todos tenemos derecho de un hogar digno*”. Aludía siempre al derecho que tenían las comunidades de defenderse ante la opresión y posibilitó la creación de cooperativas y corporaciones de reciclaje, recolección de subproductos y otras estrategias comunitarias que hicieron de los *Tugurianos/as* un movimiento popular que resistió y luchó por su derecho a la ciudad.

Convencido de la opción por los pobres como camino político de la fe cristiana fue de los líderes más destacados del *Movimiento Tuguriano* de Medellín y del movimiento *Frente Unido* durante 1968 y 1969, trabajo que realizó al lado de los curas Gabriel Díaz y Oscar Vélez del movimiento Golconda. Su liderazgo lo llevó a giras nacionales, a crear comités populares y casetas comunales, a fundar y asesorar periódicos populares, a participar de radios comunitarias y de movilizaciones públicas. Su liderazgo se enlazó con personajes como Héctor Abad Gómez, Ramón Emilio Arcila, Alberto Aguirre entre otros, erigiéndose como uno de los líderes populares de Medellín más representativos de aquellas décadas. Vicente no fue ajeno a la represión, fue encarcelado y amenazado por su capacidad organizativa y ética en el compromiso con los empobrecidos.

Como cristiano y revolucionario, Vicente fue perseguido por las instituciones eclesiásticas y el Estado. Exiliado en 1979 debido a la fuerte represión política continúa su trabajo popular con exiliados y refugiados en países como Estados Unidos, México, Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Uruguay y Ecuador. Deja durante el exilio el sacerdocio católico y contrae matrimonio con Maria Teresa Catalina Louys, argentina de nacimiento y con quien lideró procesos cooperativos durante su vida. Fue arropado por las organizaciones de base acompañados de la Iglesia Episcopal y a sus más de 80 años, sigue trabajando de la mano con colectivos de investigación (especialmente con el colectivo KOMUNI en Medellín). Inclaudicable en su compromiso con la liberación, hace parte de las referencias inmediatas de lo que conocemos como la Teología de la Liberación en América Latina.

Como ejemplo de compromiso, esta memoria viva de Vicente, es muestra de lo importante que es la convicción de las ideas en favor de un mundo más justo. Como jóvenes, tenemos el reto de retomar estas memorias, potenciar los aciertos hallados en ellas y revisar elementos que nos permitan caminar por las sendas que desde Jesús vienen trasegando por

un mundo nuevo, un mundo donde la libertad y la solidaridad sean la opción para construir sociedad. Vicente nos enseñó que donde hay injusticia, es necesario resistir y construir entre todos y todas la dignidad como principio de vida, hacer de nuestra cotidianidad un constante escenario de disputa por la memoria, la libertad y el amor eficaz.



Eberhar Cano Naranjo

Sociólogo e investigador social

eberhar.cano@gmail.com

+(57)(4) 3192677572

Medellín-Colombia